

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 270.—SÁBADO 29 DE ABRIL DE 1854.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

ADVERTENCIA.

Como hemos anunciado, desde el mes de mayo se publicará LA ILUSTRACION, en vez de los sábados los lunes, para que así llene el vacío que LAS NOVEDADES, como todos los diarios de la mañana, deja en este día: Pero habiendo hecho la casualidad que concluya el presente mes entre sábado y lunes, á fin de no privar á los actuales lectores de su número del sábado, retrasándole al lunes 1.º de mayo, ni á los nuevos de uno de mayo publicando el correspondiente al 29 de abril, hemos resuelto que el de este día se reparta á los que se hallen en los dos casos.

La publicación de los *Anales* comenzará definitivamente en el número del 8 del mes próximo.

Tenemos la satisfacción de anunciar que hemos montado nuestro servicio de modo que en seis días recibiremos los periódicos tanto políticos como militares de los países mas avanzados al teatro de la guerra, cuyas redacciones tienen sus corresponsales y comisionados particulares en el campo de los sucesos mismos y con diez ó doce croquis ó dibujos para nuestros grabados: con tales elementos, y otros que aun estamos reuniendo, nos lisonjamos de que los cuadros históricos, políticos y pintorescos que LA ILUSTRACION publicará en sus *Anales*, serán tales que apenas habrá quien cuente en Madrid con detalles tan completos como los que nosotros tendremos, y de seguro no habrá nadie que tenga los dibujos.

Si á esto se agrega que LAS NOVEDADES darán diariamente con tanto adelanto como el que mas todos los partes de la telegrafía particular y oficial todas las noticias, y todos los documentos llevados á provincias el correo del mismo día en que salgan de Madrid, resultará lo que ya hemos dicho, que los dos periódicos reunidos, que no cuestan mas en Madrid que cualquier diario, constituirán el mejor elemento para seguir rápidamente estudiando en sus detalles, y tener casi á la vista todos los sucesos que en tan alto grado escitan ya la curiosidad de la Europa.

MARIETTA GAZZANIGA.

Entre los pocos artistas destinados á recoger con gloria la herencia de aquel plantel de grandes cantantes que dieron esplendor al teatro italiano á principios de este siglo, bien merece un puesto de honor la eminente prima-donna del Teatro Real de Madrid, signora Marietta Gazzaniga. Nacida en la hermosa Italia, patria de los grandes talentos y de los grandes recuerdos, hay sin embargo en su cabeza inteligente y en su mirada espresiva mas de un punto de analogía que recuerda el bello tipo de las mujeres griegas. No parece sino que la naturaleza ha dado á la Italia y á la Grecia cualidades comunes, cuyo germen jamás debe extinguirse. La viveza y la brillantez de la imaginación, la sensibilidad, el gusto innato por las artes, y la facultad de apreciar y reproducir la belleza, son dotes con que la Providencia enriqueció igualmente á los que nacieron en alguna de esas dos penínsulas, llenas de sitios pintorescos, rocas majestuosas, risueños valles y alegres campiñas.

A pocas horas de la corte, que con lento curso bañan las aguas del Poó, y no lejos de la antigua residencia de los reyes Longobardos, la célebre Pavia, está la ciudad de Voghera. En ella nació para gloria del arte Marietta Gazzaniga el día 8 de junio de 1826. Debió á los cuidados de su padre Tomaso, abogado de ilustración y de crédito, tanto como á la solícita ternura de su madre la señora Denari, cuyo fino y ameno trato es proverbial en el país, aquella educación que á las mujeres enseña lo que después no se aprende jamás: la virtud y las prácticas del honor. Seis años se deslizaron tranquilamente sin que nadie, á escepcion de su familia, se apercibiese de la decidida afición que mostraba por la música la niña Marietta, ni mucho menos del destino que la estaba reservado. ¡Quién hubiera predicho al reparar en aquella criatura delgada y flexible, como los junco que nacen á orillas del caudaloso río, que estaba destinada á regenerar la escena lírica italiana!..

Cuando bajo el nombre de la *Petite Georges* ganaba su vida la Rachel cantando y recitando versos á los ociosos del boulevard Saint-Martin, tuvo un día la fortuna de encontrarse á Chorón, sin cuya natural perspicacia tal vez no hubiera brillado después el genio trágico de la sublime jóven israelita. Pero al fin Chorón era un músico ilustre, un artista lleno de talento y corazon. Su descubrimiento fué á la verdad de inmenso valor; pero para nosotros no de tanto mérito como el que hizo el signor Amedeo Cetta simple dilettante del pueblo de Voghera, cuya loca afición y buen gusto por el canto le hizo ver en la jóven Marietta un astro que alumbraría en breve el horizonte italiano. Quince años contaba entonces la que hoy apenas ha llegado á la aurora de su vida artística, y ya el signor Cetta adivinaba en aquella niña pequeña, débil y mas jóven de lo que por su

edad aparentaba, los misteriosos encantos de su voz. Italia es por excelencia el país de las artes y de la inspiración, el único acaso en donde los hombres, las mujeres y hasta los niños, cualquiera que sea su estado y condicion, pueden comprender todo el mérito de las obras que inmortalizaron al Dante y al Petrarca, á Miguel Angel y á Rafael, á Bellini y á Donizetti. No es pues extraño que nuestra Marietta cantara y recitara versos en un pueblo familiarizado con las tragedias, donde se representan los antiguos héroes, y donde las fábulas poéticas, que el vulgo sabe de memoria, despiertan el recuerdo de sucesos que para nadie son absolutamente desconocidos. Lo singular es, que cuando la Gazzaniga entonaba algun aire conocido, ó recitaba alguna escena del drama que vió la noche antes, aquel aficionado y entusiasta observador reparase en la exactitud de las entonaciones, en la delicadeza de las frases, en la espresion que las comunicaba, y hasta en la elegancia natural de sus maneras.

Vencida á favor de los buenos y desinteresados consejos del señor Cetta, la resistencia que una parte de la familia opuso al saber que Marietta queria emprender la carrera escénica, par-

tió la joven sarda para Milan el año de 1842, acompañada de su padre, víctima entonces de sus opiniones liberales.

Allí comenzó á aprender la música y el canto bajo la direccion de uno de los mejores maestros de Italia, el caballero Alberto Mazzucato. Si la eleccion fué acertada, y si la discípula fué digna del maestro, son estremos fáciles de resolver, sabiendo que la Gazzaniga apenas recibió lecciones de canto un año solo. En el invierno de 1843 pisó por primera vez la escena del teatro Real de Milan: los periódicos y los carteles del día anunciaban la *Saffo*, de Pacini, para el estreno de la principiante. Ardua era la empresa, sobre todo tratándose de un papel dificilísimo, y debiendo ser juzgada por el público mas inteligente de Italia; pero el éxito fué completo y la fortuna coronó sus esfuerzos. Su triunfo fué precursor de otros no menos lisonjeros. En el mismo teatro y con igual resultado que la *Saffo* cantó dos óperas del maestro Mazzucato, *I due Sargenti* y *Luigi V*; esta última escrita espresamente para la afortunada prima-donna.

Habia dispuesto el desgraciado Carlos Alberto reunir el



La célebre artista MARIETTA GAZZANIGA, prima-donna del teatro Real de Madrid.

Senado piamontés en Turin, y para solemnizar tan fausto acontecimiento dispusieron los ciudadanos de Casale erigir una estatua al rey constitucional, tributándole además otros honores. Era uno de ellos el de cantar varias óperas en el teatro de la ciudad; y como la aparición de la Gazzaniga había causado eco en la capital de la Lombardia, fué reclamada en esta ocasión por sus compatriotas. Oyéronla cantar el dramático papel de Romeo en *I Capuleti*, y entusiasmados la colmaron de aplausos y de coronas. Bajo tan felices auspicios pasó al teatro de Commo, en la estación de los baños, donde á presencia de las familias mas acomodadas de Italia cantó *Il Templario* y *Nabuco*, marchando después á Varese, en el Lombardo-Veneto, para representar la *Lucrezia*. Tan brillante fué el éxito que alcanzó en esta obra del gran Donizetti, que el mismo duque Giulio Litta, conocido en toda Italia tanto por sus grandes riquezas como por su decidida protección á las artes, hizo venir de intento la banda militar que mantenía á sus expensas, para obsequiar con una serenata á la brava prima-donna, que tan admirablemente había interpretado las dramáticas situaciones y los inspirados cantos del inmortal cisne de Bergamo.

Durante la estación del Carnaval de 1844 dió en el teatro de Lucca la *Linda* y el *D. Pasquale*. Pasó en Florencia la primavera, y después de asistir á la caída del *Saul*, ópera detestable del maestro Speranza, hizo *L'Elisir* y el *Brabo*, esta última en unión de la Erminnia Frezzolini, Poggi, Castellane y Debassini. El acercarse en aquella época á la Frezzolini para cantar á su lado, equivalía á lanzarse á un mar lleno de escollos y peligros; era esponerse á morir abrasada por los rayos de la brillante aureola de gloria que ceñían sus sienes. Marietta Gazzaniga cantó sin embargo de tal modo, que antes de espirar el año fué reclamada por el público florentino, ante el cual se presentó á cantar con aplauso general la *Juana d'Arco* y el *Buondelmonte*, ópera compuesta espresamente para ella por el maestro Paccini. Solo podrá estimarse el valor de los triunfos que alcanzó la Gazzaniga en este teatro por los que poco antes acababa de obtener legítimamente la Frezzolini, digna intérprete del sensualismo musical, cuyo solo recuerdo hubiera bastado para eclipsar á otra competidora menos ilustre. Marchó ajustada la Gazzaniga al lindo teatro de Liorna en el verano de 1844, y en él cantó con los célebres Paucani y Debassini, primero el *Hernani*, y después el *D. Bonifacio di Geremei* del príncipe José Poniatowski. De tal modo fué allí recibida, que la empresa del teatro tuvo que contratarla de nuevo para el otoño siguiente, por complacer al público, haciendo para conseguirlo sacrificios pecuniarios de consideración, y renunciando al ajuste de otra cantante de mérito, la signora de *Giuli Borsi*.

La reina del Adriático, la sin par Venecia, abrió sus puertas á la egregia prima-donna el Carnaval de 1845, en cuyo teatro de la *Genice* cantó de nuevo el *D. Bonifacio* y el *Roberto*. De allí pasó contratada á Siena, donde hizo la *Linda* y el *Hernani*, escriturándose después para Palermo, en cuyo teatro principal representó sucesivamente la primera de estas dos óperas, *I Lombardi*, la *Fidanzata Corsa*, *Il Barbiere* y *L'orfana quelfa* que para ella escribió de intento el maestro Coppola. Como muestra del agrado con que fué oída la Gazzaniga por la familia imperial de Rusia en el teatro de Palermo, recibió de la emperatriz Alejandra un recuerdo de gran valor, que siempre luce sobre su pecho.

De Palermo volvió tercera vez á Liorna, permaneciendo allí hasta el otoño del 46, en que por secundar los deseos de su familia y los de algunos amigos, fué á inaugurar gratuitamente el teatro de Stradella, pequeño borgo que confina con Piacenza, y patria de su abuelo paterno.

Ante el astro que ya brillaba en el horizonte artístico, todos los teatros de Italia se disputaron el honor de poseerle, y todos le franquearon su entrada. En Génova la *Luisa Strozzi*, la *Tancreda*; *I due Foscari* y el *Atila*; en Módena *I Lombardi*, *Luigi V* y *Beatrice*; en Brescia *Atila* y *Lombardi*; en Cremona la *Gemma*; en Trieste *Il Nabuco* y *Gli Horaci*; en Nápoles la *Saffo* y *Luisa Miller*; en la Scala de Milan la *Gerusalemme*, *I Lombardi*, *Lucrezia* y *Poliuto*; en Padua *Imasnadieri*; en Parma la *Norma*. Bergamo, Bolonia y otras muchas ciudades fueron una, dos y aun tres estaciones diversas, testigos elocuentes de sus triunfos. El nombre de la Gazzaniga voló en alas de la fama, y á él va unido el honroso título de artista distinguida, con que la opinion general ha sancionado su mérito en la culta Italia.

La brillante carrera de la Gazzaniga nos trae involuntariamente á la memoria el nombre de aquel ilustre general romano, que para enumerar sus servicios decía á los senadores: «He ganado cien batallas campales, he tomado treinta y seis plazas fuertes, he derrotado diez ejércitos, he subyugado quince naciones, he reducido á servidumbre mas de trescientos mil extranjeros, he traído á la república muchos millones de sus tercios, y han seguido á pie mi carro triunfal reyes, emperadores y capitanes ilustres.» Si nuestra admiración por todo lo grande no pareciera exagerada á las almas vulgares, diríamos sin faltar á la verdad en honor de la Gazzaniga, y parodiando las frases del soberbio romano, cuáles son sus méritos y cuáles sus títulos. Pocas palabras bastan para enumerarlos: esa cantante insigne ha triunfado en los teatros de toda la Italia; ha representado cuarenta y dos óperas diferentes. Verdi escribió para ella la *Luisa Miller* y el *Estéfano*; Paccini *Il Buondelmonte* y el *Cid*; Coppola *L'orfana quelfa*; Mazzucato *Luigi V*; Bona *Il Gladiatore*; Galli *Il conte di Fua*; Peri la *Tancreda*; y Speranza *Il Saul*: fueron sus compañeros la Frezzolini, la Tadolini, Fraschini, Boucandé, Malvezzi, Negrini, Roppa, Collini, Ferretti, Debassini, Ferri, Badiali, Corsi, Varesi, Sebastian Ronconi y Superchi. Hoy cuenta solamente 28 años, y da con desahogo desde el *fa grave* hasta el *re sobre-agudo*, faltándole una sola nota para alcanzar la prodigiosa estension de tres octavas. Tal es en compendio la hoja de servicios que hasta hoy presenta al mundo filarmónico la prima-donna del teatro Real de Madrid.

Verdaderamente que de algunos años á esta parte se han prodigado tanto los epítetos laudatorios en favor de toda clase de actores y de cantantes, que cuando por casualidad aparece sobre la escena algun artista de verdadero mérito, no encuentra el censor mas severo y descontentadizo frases bastante significativas, en el idioma comun, para dispensarle un elogio. Los títulos, en rigor, no siempre justifican el talento; pero nos duele en el alma que todos los dias se ensalce á histriones vulgares como si fueran semidioses. Todo el que tiene sin embargo buen criterio, distingue, al leer juicios ajenos, la verdad

de la mentira, y el justo elogio de la vil lisonja. Ni tratamos pues de rebuscar palabras para realzar el mérito de una artista distinguida, ni el amor al arte nos ofusca hasta el extremo de convertir una biografía en discurso apoloético. La verdad léese mas, cuando es sencilla y se presenta desnuda de atavíos.

Tres cualidades esenciales posee la Gazzaniga en grado eminente, á las que debe en nuestro concepto su justa reputación de artista: voz, talento y corazón. Su buena figura aumenta sin duda el prestigio de estas tres cualidades; pero ella sola constituiría una dote muy secundaria. Hemos dicho que la voz de la Gazzaniga se estiende desde el *fa grave* hasta el *re sobre-agudo*; pero aunque semejante estension sea realmente muy poco comun, lo que mas nos sorprende es su igualdad y su buen timbre. Voces estensas y voluminosas suelen oirse con frecuencia; pero voces que al mismo tiempo sean iguales y sonoras, muy rara vez. A esta categoría pertenece la voz de la Gazzaniga. Su don mas privilegiado consiste en producir en el ánimo la misma sensación de alegría, pena, indiferencia ó desprecio, que espresa la melodía de que se hace intérprete. Dulce y enérgica alternativamente, pero agradable siempre, tan pronto se insinúa tierna, como vibra con fuerza en el corazón. Sin talento para aprender, sin alma para sentir y sin un buen maestro que la enseñara, la Gazzaniga no hubiera llegado á ser mas que una cantante mediana: con una inteligencia fina que comprende el efecto de todas las situaciones; con un corazón apasionado y un alma que avalora el mas imperceptible sonido, tiene que ser necesariamente una artista de primer orden. Los maestros pueden enseñar la acentuación, el estilo, la manera de frasear y emitir la voz, el mecanismo, en fin, del buen canto y la pronunciación; pero lo que jamás se aprende es á sentir ni á espresar lo que se siente con aquella delicadeza y espontaneidad hijas de la verdadera inspiración. Hé aquí lo que sabe hacer la Gazzaniga.

Al reconocer en esta cantante el mérito de la espresion, ocurre una pregunta, que varias veces hemos oído hacer: ¿es su canto la realidad del sentimiento, ó no es mas que su perfecta imitación? Resueltamente nos adherimos al segundo extremo de la proposición. La espresion es la vida del arte, y el arte, con relación á la naturaleza, consiste en la imitación y en nada mas que la imitación. Si en vez de imitar un cantante el efecto que producen las lágrimas, sintiera con tal vehemencia que llorase en la escena, probablemente no acertaría á coordinar dos compases, y el público le silbaría.

La espresion y el colorido en el canto de la Gazzaniga, como en todos los verdaderos artistas, no nace de un entusiasmo desarreglado y febril, sino del conocimiento profundo del papel que representa, de la buena combinación de los efectos músicos y dramáticos. Así como ya no se matan los gladiadores en el circo, así tampoco estaría bien que las actrices y los cantantes se dejasen arrastrar por los trasportes de un entusiasmo ciego. La Gazzaniga realza y anima el canto con su acción noble y llena de dignidad, su mirada penetrante y el juego de su móvil fisonomía. La inspiración de que se siente poseída es esencialmente artista, hija de su talento y de la conciencia de sus grandes recursos. Si en vez de identificarse con los diversos personajes que representa, se apasionase realmente, jamás le hubiera sido posible crear uno solo. Los cantantes y los actores que obedecen naturalmente á los efectos de una improvisación continuada, no pasan de medianías, tienen dias buenos y malos, son incorrectos y desiguales, en una palabra, no llegan jamás, como ha llegado la Gazzaniga, á ser artistas de primer orden.

Cada cantante tiene dotes, maneras y hábitos que le son peculiares y que constituyen su individualidad. La Gazzaniga es en esta parte un modelo, y como tal tendrá sus bellezas y sus defectos; pero en todo caso es un modelo y no una copia. La *Lucrezia*, la *Norma* y la *Luisa Miller* que la hemos oído ejecutar, no se parecen á ninguna otra de las Lucrecias, Normas y Luisas que conocíamos. El estilo es entre los artistas creadores, lo que el colorido es á la pintura, siempre original. Por eso el canto declamado se diferencia del canto que podemos llamar matemático, en lo que se diferencia un gran cuadro pintado al óleo, del grabado que le representa fielmente, pero sin colorido ninguno. Esta cuestión implica la cuestión de gusto: nosotros hemos dado siempre la preferencia á los grandes cantantes dramáticos sobre los grandes ejecutantes. La Gazzaniga pertenece á la primera categoría.

Engalanada con los principales atractivos de la naturaleza, dueña de un talento rápido y profundo, con un órgano vocal lleno de vigor y sonoridad, susceptible de los pasos mas arriesgados y de las tintas mas imperceptibles, ha sabido sacar de esta rara combinación de facultades todo el partido imaginable. Corrección en el estilo, inteligencia en todos los principios mecánicos del canto, pronunciación irrepachable, acentuación esmerada, excelente manera de frasear, dominio escénico y maneras inmejorables; hé aquí sus mas relevantes cualidades. Pretenden algunos que á veces carece su garganta de flexibilidad ó mas bien de cierta agilidad; pero los que esto dicen, sin duda ignoran que generalmente suele ser semejante cualidad patrimonio de voces menos privilegiadas. Convenimos en que la Gazzaniga no hace los trinos del canario ni los gorgoros del ruiseñor; pero en cambio canta y declama como no hemos oído á ninguna de las primas donnas que de diez años á esta parte hacen furor en Europa. La perfección absoluta no se encuentra sobre la tierra. Si la Malibran no hubiera exagerado frecuentemente, si la Pasta se hubiese abandonado menos, si la Alboni, la Tadolini y la Persiani dieran espresion á su canto, si Ronconi mismo tuviese mejor voz y mejor figura, ni hubieran sido los unos, ni serian los otros artistas, todos semidioses por lo menos. Otro tanto puede decirse de la Gazzaniga, á quien los inteligentes y los que tienen verdadero conocimiento artístico presentarán siempre como uno de los primeros modelos contemporáneos.

Poco mas diremos de esta célebre prima donna. La ventajosa opinion que de ella ha formado el público madrileño tiene el raro mérito de la unanimidad. No hay controversias acerca de si canta mejor ó peor esta ó la otra ópera: todas las canta de un modo admirable. Por consiguiente, las razones mejor presentadas no tendrían jamás para los aficionados al bello canto el precio de una sola frase, de una sola nota, en boca de esta cantante ilustre. Hernani no ha tenido una *Elvira* mas valerosa y tierna, ni el Trovador una *Eleonora* mas apasionada y generosa, ni Roberto una hermana mas fiel y desinteresada que la Marietta Gazzaniga. ¿Quién mejor que ella interpretó en

Norma el amor frenético, los crueles celos y el magnánimo heroísmo de la sacerdotisa Irminsul? ¿Quién mejor espresó en *Lucrezia* el cariño de una madre, la indignación de una mujer ultrajada y el horrible dolor de una paricida? ¿Quién, por último, mostró en *Luisa Miller* mas inocencia y candor, mas obediencia á los consejos paternales, mas ternura y mas grande amor á su Rodolfo, en medio de tan terrible agonía? Responda por nosotros el público de Madrid y la empresa del *Coliseo de Oriente*, para quien la Gazzaniga ha sido durante la temporada actual una verdadera joya.

Antes de espirar el año que corre volveremos á oír en el mismo teatro en donde tantos laureles ha recogido. Mas feliz el señor Urries que otros empresarios extranjeros, cuyas brillantes proposiciones ha rehusado la Gazzaniga por gratitud al público madrileño, presentará de nuevo al frente de su compañía de ópera en el próximo octubre á esa perla de la escena lírica, en quien el arte y la naturaleza parecen haberse unido por medio de un consorcio sublime, para producir una mujer verdaderamente extraordinaria.

REVISTA UNIVERSAL.

El viaje del jefe de seccion, baron de Czornig, á Londres tiene por objeto, segun se dice, el contratar un empréstito de 40 millones de libras esterlinas para el gobierno austriaco, cediendo para ello los ferro-carriles del Estado para que los acreedores los administren. Este remedio seria conveniente en todo concepto, pues la administracion por cuenta del Estado da muy poca ganancia, mientras que si estuviese en manos de particulares aumentaría sus rentas. En 27 del pasado se creó una autoridad central con el fin de ejercer una inspeccion general en todo el sistema de cuenta y razon del imperio, bajo las órdenes inmediatas del emperador, y con la misma categoría que los demás ministerios, que producirá en la administracion la conveniente uniformidad y concentracion, y facilitará la economía en todos los ramos, proyectada por el emperador. Con motivo del casamiento de este, se esperan muchas gracias, como v. g. la concesion de la dignidad de príncipe á los condes Grunne, Boul-Schauenstein, Kolowrat y Radetzky; tambien será favorable este fausto acontecimiento para muchos condenados por disturbios políticos; ya se ha comunicado la órden á las respectivas autoridades para indicar las personas que son mas merecedoras á esta gracia.

—En Roma ha sido descubierto el asesino del conde Rossi, y la mayor parte de sus cómplices que no han podido huir se hallan igualmente en poder de la justicia esperando su sentencia, para cuya aceleracion hace la Francia las mayores instancias, pues esta quiere ver castigado pronto y severamente el crimen cometido contra su embajador anterior. El gobierno de Cerdeña ha enviado dos batallones á la frontera de Parma, á consecuencia de los sucesos habidos aquí y para prevenir cosas ulteriores; y si el gobierno, por medida general, manda ocupar las fronteras, no es porque tuviese motivos fundados de temor que le obligasen á dictar estas disposiciones. La Cerdeña se halla enteramente bajo la influencia de la Francia, y las insinuaciones de París determinan las resoluciones de aquel gobierno. Así es que por los consejos llegados de Francia se ha suspendido la secuestacion de los bienes del clero, que ya estaba decretada. La hacienda está en un estado precario, el comercio es casi nulo, y muchas y considerables bancarotas arruinan al crédito.

—El gobierno napolitano ha suscitado una nueva desavenencia con el de Francia, porque exigía que los buques mercantes alquilados para el transporte de las tropas francesas al Oriente no llevasen la bandera nacional, sino la de Francia. Esta potencia, en su consecuencia, renunció á este proyecto, pero se ha enfadado.

—Un acontecimiento muy importante es la aprobacion que con 235 votos contra 118 aprobó el cuerpo legislativo de Francia el dia 4 de abril, para perseguir judicialmente al conde Montalembert. El informe de la comision habia recomendado el sobreseimiento; distinguidos bonapartistas de la antigua escuela apoyaban esta proposicion; pero la impresion favorable se fué á pique por el discurso del mismo conde, el cual dijo al final del mismo, dirigiéndose á los comisarios del gobierno: *Podeis denigrar al cuerpo legislativo; hasta se presta hoy dia con gusto á dejarse dominar; pero pensad en su tendencia, su espíritu. El alma suya, que está muerta en este momento, se reanimará en su dia y entonces su nombre será libertad.* Quizás su suerte no hubiera sido tampoco otra aun sin este tiro; sin embargo, á muchas sirvió á lo menos de plausible pretexto. El emperador hubiera hecho mejor en no hacer caso alguno de este asunto, pues se perjudicaba en la opinion de sus mas fieles partidarios, entre los cuales habia el poeta Belmontet, que habia hablado con mucho fuego en favor de Montalembert. Napoleon mandó llamar á aquel y le reconvino por esta defeccion; pero Belmontet contestó: *Pertenesco á la izquierda desde que los bonapartistas nuevamente convertidos están sentados en la ultra derecha.* A bien que esta contestacion ha chocado mucho al emperador, porque es muy justa.

En vista del tratado comercial que la Bélgica ha celebrado con la Francia, no piensa aquella potencia de ningún modo en querer separar de la Alemania y de otros estados; pues al contrario, abriga la esperanza de lograr tambien con estos la celebracion de convenios especiales. Por lo demás, las relaciones con el poderoso vecino se han vuelto favorables en tales términos, que el rey Leopoldo tuvo conocimiento de las proposiciones que la Rusia hizo á la Francia, y por las cuales se abandonaba á la Bélgica. Bajo estas consideraciones es muy extraño que Bruselas se vuelva una colonia rusa. Además del señor de Kisseleff han escogido á aquella capital por residencia el baron Brunnow, el cónsul general ruso de París, Ebeling, la diplomática princesa Liven y otros muchos súbditos rusos.

—La Cámara de los Comunes en Inglaterra ha aprobado en 28 de marzo y contra la voluntad del gobierno la proposicion hecha por el señor Chamber, relativa á la inspeccion de los conventos católicos, habiendo escitado esta medida mucha irritacion, sobre todo en Irlanda. Ya mas de trescientos nobles católicos han firmado una protesta, en cuya cabeza se ven los nombres de los condes de Shrewsbury, Stafford y Arundel, y de señores que promoveria escándalos, si se quisiera llevar á efecto esta medida.—Se espera un empréstito de 40 millones de libras

esterlinas, y el periódico *El Times* está ya preparando para ello al público. El demás estado de la hacienda no deja por eso de ser favorable. Los ingresos del primer trimestre han dado un aumento de 500,000 libras esterlinas comparándolos con los del año 1853.

—La segunda Cámara prusiana ha votado por unanimidad los 30 millones de thalers, pedidos por el gobierno.

DE LA CONDICION DE LAS MUJERES INGLESAS.

La generalidad de las jóvenes inglesas son puestas á los seis años en una escuela, cuya maestra las enseña á leer y escribir, un poco de geografía, algunas obras de costura y los principios de religión.

A los diez ó doce años abandonan estas escuelas para entrar en las pensiones, donde reciben una educación mas esmerada, en particular en lo que concierne á las artes de adorno; en ellas aprenden francés, historia nacional y extranjera, dibujo, música, baile y principios de economía doméstica: en muchos establecimientos de esta clase se procura darlas idea del trato social, haciendo que tengan de cuando en cuando algunas reuniones.

No vuelven al seno de sus familias hasta después de haber cumplido diez y seis ó diez y siete años, y aun entonces son muy tímidas y cortas. No son mas sueltas las maneras de las hijas de personas ricas que se han educado en su casa, bajo la enseñanza de profesores y profesoras francesas ó inglesas, que llevan diez, doce francos, y hasta veinticinco ó treinta por lección.

Generalmente á los diez y ocho años hacen su entrada en el mundo, acompañan á sus madres á las tertulias, á los paseos, á los teatros, y continúan cultivando su talento con profesores particulares. Las que están mucho tiempo encerradas en el seno de su familia, vida que les ofrece muy poca distracción, son generalmente víctimas del fastidio; entonces se dedican á una lectura continua; pero la clase de estas, la Biblia y el romance, las forma muy pronto un carácter romanesco y melancólico, y las hace tomar un aire de languidez y de dulzura, que sienta muy bien á su fisonomía; pocas veces se encuentran en Inglaterra fisonomías picantes, animadas, que inspiren deseos ó provoquen al placer; los sentimientos que inspiran las inglesas son de ternura y amor; pocas veces se pierde á su lado la cabeza, y sus tiros son directos al corazón. Son generalmente bonitas, altas, bien formadas, y tienen un cutis hermoso, un aire de nobleza que impone cierto respeto; pero sus facciones no son muy regulares; no por eso dejan de ser menos bellas, y la mayor parte interesan por su estremada dulzura, su dejarse ir y su lánguido mirar.

Consecuencia de estas lecturas apasionadas, todos sus deseos tienden al matrimonio, y llegan á ser tanto mas vehementes, cuanto que se hallan reconcentrados por esta reserva habitual, á que muy pocas saben faltar: las que dejan de ser reservadas conservan siempre sin embargo mucha compostura y modestia. Si el amante, cuya necesidad las hace sentir imperiosamente su imaginación ardiente, no se presenta, la melancolía se apodera con frecuencia de su alma, y su fisonomía se marchita en su juventud de una manera sumamente sensible: si por el contrario se cumplen sus deseos después de ansiarlo á todas horas, parecen disgustadas, se puede decir, de haberle encontrado. Reciben sus cumplidos con frialdad, con trabajo; algunas veces también, pero son las menos, con naturalidad y abandono. No gozan con manifestaciones esternas, y la razón es muy sencilla; en las inglesas la necesidad de amar es hija del corazón, no de los sentidos.

Una vez casadas las inglesas, tienen mucha libertad con sus maridos; pero se ve con frecuencia jóvenes cuyo matrimonio, detenido durante mucho tiempo, se ha efectuado con su consentimiento y el de sus parientes, presentarse después de casados con el mayor encogimiento, hablarse con temor, no atreverse á estrecharse la mano, bailar juntos sin mirarse apenas, en una palabra, se aman sin decirselo, sin darse pruebas; únicamente su unión arrastra sus sentimientos.

Si los jóvenes que se aman convienen recíprocamente á sus parientes, el matrimonio no se detiene, y los recién casados se ponen al momento en su casa; pero si por el contrario el matrimonio no conviene á los parientes, ó si únicamente el carácter exaltado de los amantes les hace temer una negativa, entonces se acude á medios extremos: el joven no es ya dueño de sus acciones, y creyéndose autorizado por una antigua costumbre, corre á casarse en Escocia. Entonces son vivamente perseguidos por el padre, que lo llega á conocer; pero tienen bien tomadas sus medidas, pagan con liberalidad á los correos de amor, ganan terreno, y por lo regular están ya casados cuando los alcanzan; una vez efectuado el matrimonio, no tienen nada que temer; los parientes no tienen mas remedio que capitular, y pocas veces dejan de arreglarse á gusto de todos.

Cuando los jóvenes no encuentran ocasión favorable para escaparse, se juran ser eternamente el uno del otro, promesa que cumplen religiosamente, aun cuando las dificultades u otras razones dejen trascurrir mucho tiempo, durante el cual se acuerdan muchas veces del pobre cordonero de Glasgow, que después de haber obsequiado diez ó doce años á una muchacha cuyos ojos y sonrosados labios le habían cautivado, vino á reclamar delante del juez que le cumpliera la palabra de matrimonio que le había dado, y bajo la cual la había hecho numerosos regalos, de que acompañaba una lista. Cuando la acusada joven morena se presentó ante el juez, á pasar de las pruebas que aducía su antiguo amante en corroboración de la amistad que le había manifestado, negó absolutamente la promesa de matrimonio que él suponía que le había hecho; añadiendo que siempre había recibido con repugnancia sus visitas, sin haberle dado jamás esperanzas de que se casara con ella; confesaba haber recibido efectivamente sus regalos; pero que estando ya usadas, creía que no valía la pena que se los volviera; y por conclusión, que no conviniéndole el cordonero para marido, tenía libertad de elegir otro: en cuanto á él, también podría consolarse eligiendo otra. El juez encontró muy poderosas estas razones en materia de amor; pero en cuanto al derecho y la justicia, la hizo prestar juramento sobre la Biblia para probar la verdad de su aserto, juramento que prestó sin detención; y el pobre cordonero pleiteante perdió, con las costas del

proceso, doce años de fidelidad y los muchos regalos que había hecho á la infiel.

Desde el momento que se casan los ingleses se ocupan exclusivamente de su casa, de sus hijos y de todo lo que concierne á la limpieza y economía doméstica; viven mucho en su interior; algunas pequeñas obras, algunas visitas que reciben y la lectura de muchos romances, llenan los momentos que les deja libres el cuidado de su familia.

Cuando ellas pueden salir van á pié, á caballo, ó en carruaje á hacer sus visitas; entran con frecuencia en una tienda á hacer que las enseñen cuanto hay en ella; que lo desdoble todo; compran muy poco, muchas veces nada, después de haber revuelto todo un almacén.

Los comerciantes ingleses son en este punto en extremo complacientes, y es un espectáculo gracioso para los extranjeros que se pasean por las calles de Londres el modo que tienen de hacer sus compras las señoras de la buena sociedad: mandan acercar sus carruajes á la puerta del comerciante, y desde aquel sitio muy cómodo le manda á llamar por un lacayo: entonces el comerciante, vestido de negro con esmero, con la cabeza descubierta, aun en tiempo de lluvia ó nieve, se acerca con mucha cortesía á la portezuela y pregunta con amabilidad el gusto de su rica parroquiana. «Traedme chales, flores, sedas, encajes; veamos todo lo que tenéis de nuevo.» El comerciante, con un aire grave y cumplido vuelve á entrar en su tienda, y á pocos momentos vuelve con los objetos que le han pedido; la venta se verifica en la puerta de la calle, y las mas veces, después de haberlo examinado y revuelto todo, milady se encuentra indecisa. «Enviadme esto á mi casa; allí lo examinaré; añadid tal ó tal cosa, y os volverán lo que no me convenga.» El comerciante no deja de hacer llevar sus géneros á la casa indicada, que con frecuencia está bastante distante; él y sus dependientes emplean en esta venta una parte de la mañana, y sucede muchas veces que se reducen á algunas frioleras y muchas veces que no venden un schelin. Sin embargo, con estas grandes señoras la dificultad no consiste en vender, sino en cobrar.

¡Qué diferencia con los comerciantes de París! Generalmente la venta es en su casa; generalmente hasta después de pagadas, ó al menos vendidas, no salen de su casa: entran en su tienda (hablo de la generalidad), y os recibe como si os diera audiencia; si os alaba lo que vende, no lo hace porque quiera salir de ello; es solamente porque esta es su opinión, y porque está muy seguro de hacerosla conocer para guiaros en la elección de vuestras compras: es verdad que un comerciante parisiense es casi siempre mucho mas rico que las tres cuartas partes de las personas que van á comprar á su tienda: también conserva un sentimiento de independencia, de dignidad de que están muy lejos sus compañeros de Londres; hay en una sola tienda de Pall-Mall ó de Bonstect mas galantería servil que en todas las de París. Volvamos á las inglesas.

Después de este paseo vuelven á vestirse para comer; y á menos que no vayan á algun teatro en el invierno ó á paseo en el verano, lo que sucede pocas veces, pasan casi toda la noche juntas.

Reunidas en sociedad, su número es mucho mayor que el de los hombres: ellas hacen los honores del té, que es reemplazado por algunas partidas Voish. Un tono de reserva, una especie de etiqueta reina aun en sus mas íntimas reuniones.

Cuando dan una comida, se colocan á la cabecera de la mesa para hacer los honores durante ella, y concluida se levantan para ir á disponer en el salón el té ó el café.

Acostumbradas á vivir siempre entre ellas, tienen con los hombres un aire de reserva que raya en encogimiento, una timidez que raya en falta de trato: las incomoda la vista de una persona á quien no conocen, y solo están bien en las reuniones numerosas, porque están ellas como si estuvieran solas; pero en una reunion poco numerosa no saben sacar partido de una educación casi siempre esmerada, de su disposición buena y cultura de un talento que con muy poca serenidad hubiera sacado gran partido. Lo que acabamos de decir no es aplicable á las grandes reuniones de la clase opulenta de Londres, llamadas con razon de gran concurrencia, á las cuales es de gran tonor muy tarde aun á costa de aburrirse en su casa esperando; pero que en ciertos momentos llegan á ser tan numerosas, como que se conviela siempre cuatro veces mas gente de la que cabe en las habitaciones; de modo que es una confusión y cuesta mucho trabajo ir á saludar á las personas conocidas únicamente, porque á una inglesa la disgustaría mucho que no la saludase un conocido.

En estas reuniones no hay ni reserva ni ceremonia; el té cede el puesto á los helados y refrescos de todas clases, y el silencio al baile, que concluye con una cena opipara.

La propiedad y la sencillez constituyen una de las principales gracias del traje de las mujeres para las costumbres comunes de la vida; pero se convierte en ridículo cuando quieren adornarse mucho; entonces se ponen con profusión gasas, encajes, sedas, y todo sin gusto, sin ligereza, sin ese tacto delicioso, tan propio de las parisienses. Las modas de París se adoptan al momento; pero no tardan en desterrarse. Las mujeres de una posición menos elevada, hasta las criadas, no salen casi nunca sin sombrero de seda. Generalmente libres en la elección de sus maridos, sin haber cedido á un contrato de parientes ni á las consideraciones de la fortuna, sino á las simpatías que las han inspirado, las mujeres en Inglaterra están sumisas á sus esposos por principio, por la costumbre de la honradez y de la decencia, y quizá también por la poca galantería de los hombres, por su severidad y aun el despotismo de los maridos: previenen en todo sus deseos, se dejan enteramente gobernar, respetan su voluntad como una ley, y se creen nacidas para obedecer; estado habitual en ellas, y que les cuesta poco trabajo, porque le miran como un deber; sin esta condescendencia que les es natural el carácter brusco de sus maridos las haría muy desgraciadas.

En muchos de estos rasgos que acabamos de reconocer en las inglesas, en Inglaterra hay también malas costumbres, hay mujeres que tienen amores ocultos, que se dejan por su gusto seducir de sus amantes, y otras en fin que saliendo del carácter de sus conciudadanas, arrastradas por la violencia de su carácter se entregan á excesos sin límites, porque ellas son naturalmente tímidas y reservadas, y se abandonan cuando han perdido la cabeza.

Los divorcios por adulterio que se entablan con muchos detalles para obtener licencia de volverse á casar, son bastante

frecuentes, y prueban que la corrupción de las costumbres hace en Londres cada dia mas estragos: los periódicos están con frecuencia llenos de anécdotas escandalosas que hieren la reputación de muchas mujeres de la grandeza, y no es la primer mujer casada que ha abandonado á su marido para ir á vivir con un amante, algunas veces de clase menos elevada; pero estos casos son raros, y los divorcios deshacen los matrimonios mal avenidos que pueden dar lugar á esto.

Por lo demás, las inglesas casadas están siempre en una tutela perpetua; la autoridad de los maridos sobre las mujeres es absoluta; las leyes prescriben la sumisión que la mujer debe á su marido, hasta tal punto, que si comete un crimen con su anuencia, no tiene que temer ser castigada ni puesta en juicio: las leyes suponen que la obediencia que debe á su marido la obliga á tomar parte en este crimen, aun contra su voluntad.

Para inculcar mejor en el corazón de las mujeres la sumisión que deben á sus maridos, se mira el asesinato de un marido como un crimen de alta traición, y una ley que hay sobre esto condena á la mujer á una muerte particular.

Segun las leyes inglesas, no teniendo la mujer voluntad propia, el marido está obligado á pagar las deudas que ella contraiga aun sin su consentimiento: como es mirada como propiedad suya, debe responder de sus acciones: también toma sobre sí la responsabilidad de pagar las deudas que haya contraído antes de casarse; pero antes de pedirla en matrimonio debe informarse bien: casándose con ella se casa con lo que ella deba; pero tiene derecho de disponer de todos los bienes de su mujer. Hay sin embargo precauciones, que pueden tomar los parientes de una señorita rica, para que estando casada, pueda gozar ella sola de su fortuna y evitar que la arruine su marido; pero esto es una escepcion, y cuando no se ha previsto nada, el marido es el único y verdadero poseedor.

En la generalidad, las leyes inglesas son poco favorables á las mujeres: una de las mayores contras de su condicion es, que los varones son preferidos á las hembras en la sucesion de los mayorazgos, y solo á falta de varon son divididos entre las hijas.

El matrimonio las coloca en el rango del marido; pero una mujer de distincion que se case después de viuda con otro de menos categoría, pierde el título que tenia del primero; sin embargo, la costumbre continúa dándolelo.

Si posee un título por derecho propio, le conserva aun cuando se case con un hombre de nacimiento muy inferior; pero él no tiene derecho al título ni dignidad de su mujer.

Las mujeres heredan la corona y gozan de un imperio universal, que las costumbres y las leyes rehúsan á las de su sexo.

En fin, las mujeres heredan también los títulos de pares; pero no tienen ningun derecho político, porque lejos de tomar parte en la representación nacional, ni aun pueden asistir á las sesiones del Parlamento británico.

Hasta el reinado de Carlos II existía una ley innoble, que autorizaba á los maridos de un modo absoluto para pegar á sus mujeres; porque decia la ley, que siendo responsable de sus acciones, convenia autorizarle para poder contenerla con el miedo.

Los ingleses, en el dia mas civilizados que sus antepasados, han prescrito una ley degradante para los dos sexos; pero los maridos del pueblo que adoptan los usos antiguos que les acomodan, nos citan á menudo esta ley y la ponen en práctica con frecuencia.

Está aun en uso una ley mas degradante, que autoriza al marido para vender á su mujer siempre que ella consienta, y entonces la lleva á la plaza con un cordón al cuello, segun previene la ley como si fuese un buey, ó un pollino. Esta formalidad es además una especie de divorcio sin acudir á los tribunales, y por lo general el comprador es un pariente ó amigo que quiere librarla de la tiranía de su marido.

Concluiremos estas consideraciones sobre los ingleses, añadiendo que en medio de este aire de cortedad y timidez, esa entera sumisión á la voluntad de sus maridos, esa especie de ciega obediencia servil que parece que les es habitual, hay mujeres en Inglaterra que en ocasiones despliegan una energía, un valor, una firmeza poco comunes, que hacen honor á su sexo: que casi todas las que han vivido en Francia y que han frecuentado las sociedades, han adquirido unas maneras mas sueltas, una modesta seguridad, que adquieren las mujeres de su frecuente trato con los hombres de la buena sociedad, que tienen un trato mas fino y amable; que las gustan muy poco las costumbres de su país y se lamentan de lo poco que su modo de vivir les permite obsequiar á los extranjeros.

LUIS DE SCHWANTHULER.

La estatua adjunta representa á Luis de Schwanthuler, uno de los hombres mas célebres de la Alemania actual, no solo como ingenioso dibujante, sino también como artista práctico. Dicha estatua ha sido modelada por el primo de este, Javier Schwanthuler, y escogida para ella una actitud en la cual el difunto acostumbraba estudiar y pensar en sus nacientes creaciones, compararlas en sus meditaciones con los modelos intelectuales que bullian en su interior, é indicar las mejoras y perfecciones que su genio le inspiraba. Vemos en este retrato al pensativo creador, que sabe de lo que es capaz y puede ejecutar lo que quiere. La elevada y noble figura, el rostro espiritual con las benévolas facciones, toda la especialidad del movimiento en esta quietud pensadora, han sido representados fielmente en este retrato; pero no de un modo frío y yerto, sino como animado de un fuego vivificador y como únicamente una individualidad simpática es capaz de concebir y de tratar mentalmente á la otra.

TRIBUNALES.

El doctor Véron en París ha sido condenado por el tribunal civil, después de un proceso que ha durado varios meses, á restituir 1.180,000 francos á los antiguos accionistas del *Constitucional*, cuya cantidad se había embolsado después de la venta arbitraria de dicho periódico al señor Mires.

En Londres se ha formado una sociedad para descubrir las antiguas ciudades y los lugares de importancia histórica en Palestina. Sobre todo tiene por objeto buscar las tumbas de los patriarcas en Hebron y Sichern.



NAPOLEON III, emperador de los franceses, en el traje de la coronacion.



EUGENIA, emperatriz de los franceses, en el traje de la coronacion.

REVISTA DE LA PRENSA PERIÓDICA DEL MUNDO.

ARTÍCULO DÉCIMO.

SUECIA Y NORUEGA.

En ninguna nación de Europa está más generalizada la ilustración que en Suecia y en Noruega: apenas se encuentra en ambos países un jornalero ó un hombre del campo que no sepa leer, porque la mayor parte reciben la enseñanza elemental. Respecto á la superioridad de esta idea aproximada de la altura á que se encuentra, solo con citar los nombres de algunos sabios, cuya reputación es europea: Berzelius, el químico más eminente de esta época; Geier, historiador distinguido; Tegner, autor del poema *Fruthiof*: baste decir, en fin, que la universidad de Upsal y la de Lund tienen tanta nombradía como las de Inglaterra y Alemania.

La literatura de los pueblos escandinavos participa á la vez del génio alemán y del de los pueblos anglo-sajones. Aunque reconocemos la originalidad de los escritores suecos, notamos estas analogías que se explican fácilmente por su historia. Confesamos, sin embargo, que la Scandinavia, dotada de un sentido recto y práctico, tiene más puntos de contacto con el génio inglés que con el carácter germánico, lo mismo en las artes que en el gobierno. El rasgo que más distingue tal vez las literaturas del Norte, germánica ó slava, de las literaturas romanas, es su particular tendencia á desenvolver el lado sensible de la naturaleza humana, á sobreexcitar todas las disposiciones del alma que resultan de la sensibilidad, la ternura, la melancolía, el entusiasmo, la fantasía, los sueños, la contemplación, el excesivo amor al mundo físico, adoptado como símbolo perfecto del mundo moral, y el estudio profundo de la imagen como la forma necesaria del pensamiento.

El arte greco-romano fué el de los tres grandes pueblos de origen galo-romano: más racional, más firme y más personal, ejerció muy poca influencia en la imaginación de los hombres del Norte, que antiguamente se habían dejado dominar por ella, hasta el extremo de renunciar en provecho suyo á toda pretensión de originalidad, precisamente cuando esta teoría literaria se había elevado á su más alto grado de poder, llevando la sumisión hasta un punto inconcebible de semejanza. Fascinados por el brillo esplendente de la literatura francesa, no solo admitieron la estética de los poetas traspirenaicos, sino su lengua: Gustavo III escribía en francés, lo mismo que Federico II y Catalina. Cuanto más absoluto fué el dominio de la estética francesa, tanto más ardiente y profunda fué la reacción del génio nacional de los escandinavos. Tegner, Franzen y Geier fueron en Suecia los escritores que más han contribuido á regenerar la literatura nacional, creando en 1820 y 1840 una escuela que consiguió llamar la atención de los aficionados á la literatura. Hoy está casi dormida en Suecia, en términos de que ignoraríamos su existencia, á no ser por las novelas de Mlle. Bremer, que tuvieron muy buena acogida en Inglaterra, mientras en Francia fueron recibidas con desden, como lo son generalmente todas las producciones de los escritores suecos: las obras de Tegner, por ejemplo, traídas más de veinte veces en Alemania y casi otras tantas en Inglaterra, nunca han gustado en Francia ni en España, porque el carácter sueco, que tantos puntos de semejanza tiene con el carácter inglés y alemán, no se aviene con la superficialidad francesa y con la imaginación árabe.

Hecha esta ligerísima reseña de la literatura escandinava, ocupémonos ya de la prensa periódica de Suecia, tan desconocida de nosotros como de nuestros vecinos del Sena. Allí como aquí apenas hay quien reciba directamente periódicos y noticias de Suecia, ni aun las mismas empresas periodísticas de París, donde circulan más ó menos todos los periódicos del mundo, excepto los de Suecia y de Noruega. No obstante, en ambos países hay un número regular de publicaciones. La libertad de la prensa existe allí bajo cierto sentido: el gobierno no les exige depósito, y el derecho del timbre no es más que una duodécima parte de un skilling, cerca de un dinero tornés.

Los periódicos pueden discutir acerca de los actos del gobierno; pero por una singular contradicción, este se ha reservado el derecho de suprimirlos á su voluntad: en cambio, aquellos pueden reaparecer con solo cambiar el nombre del título.

A pesar de que es bastante barato el papel que emplean en sus tiradas los diarios suecos; que el personal de las redacciones está mal retribuido, y que la composición tipográfica es baratísima, lo cual explica el ínfimo precio (1) de los mismos, solo existe un periódico que se encuentre en situación próspera. Hablamos de la *Aftonbladet*, diario liberal que dirige el eminente publicista *Mr. Carlos Francisco Bergstest*.

El *Aftonbladet* que cuenta de seis á ocho mil suscriptores, y que con razón pasa por el rey de los periódicos suecos, goza de extraordinaria popularidad en aquel país, donde se le denomina, según Tegner, la *Biblia del Pueblo*. Está redactado con mucho talento, y en sus columnas, donde entran oportunamente todas las noticias más importantes del mundo, se ven con mucha frecuencia artículos muy bien escritos de política, de comercio, de artes é industria, que son leídos con interés, lo mismo en Suecia que fuera de ella. El *Aftonbladet* aboga constantemente por las reformas que reclama allí la opinión pública, de la cual viene á ser el representante más genuino.

El gobierno tiene su periódico oficial, el *Stats-Tidning*, y la Dieta el suyo, que no aparecen más que en la época de sesiones con el nombre de *Riksdags-Tidning*, cuya única misión es publicar los debates parlamentarios. Dejamos de mencionar los demás periódicos que salen en Suecia, y que ya por los principios que defienden, ya por su corta duración é insignificante número de lectores, figuran en segunda, tercera y cuarta línea.

La Constitución de Noruega ha definido mejor la libertad de imprenta: allí el gobierno no se ha reservado el derecho de supresión; y aunque la prensa podría permitirse un lenguaje más franco, porque el espíritu constitucional está desenvuelto hasta el más alto grado á que jamás llegó en país alguno, como la Noruega se halla muy separada de los grandes centros de acción política, los periódicos noruegos tienen muy pocas cuestiones palpitantes de que ocuparse, no pudiendo por este motivo

vo tomar bastante vuelo para llamar la atención. Nos limitaremos pues á indicar que de los treinta diarios políticos ó especiales que se publican en Noruega, solo dos ó tres son diarios, contando apenas la mayor parte el suficiente número de abonados para cubrir los gastos de impresión.

KHIVA Y EL MAR DE ARAL.

Hace más de un siglo que los rusos están haciendo tentativas y constantes esfuerzos para conseguir la dominación de las orlas de Kirghiz, y abrirse el camino de la Asia central y de la India. Han empleado para conseguir su objeto medios atroces, y han enviado hombres hábiles y animosos para que estudien las localidades de los oasis de Khiva y de Bonkara, dos magníficos florones que desean añadir á la corona moscovita.

La Khiva es un pequeño estado independiente, gobernado por un Khan, cuya autoridad y cruel despotismo no tiene otros límites que los del puñal y del veneno, cuando sus súbditos arruinados por exacciones infinitas, confiscaciones y suplicios atroces, creen que se ha colmado la medida de las iniquidades, y que ya es tiempo para seguridad de todos de poner término á una tiranía salvaje y sanguinaria.

Sería difícil asignar límites exactos á este estado. Exceptuando la parte del Norte en que está costado por el mar de Chal, no hay más que bosques y arenas que se extienden hasta lo infinito, recorridos por tribus que dependen nominalmente del Khan, y que no le pagan tributo más que cuando quieren: poblaciones nómadas, á las que es difícil, por no decir imposible, sujetar á ninguna autoridad. La extensión del oasis, es decir, de la parte realmente cultivada, no excede de 30 á 35 leguas del Este al Oeste, y de 15 á 20 de Norte á Sur. Está á 30 jornadas de las fronteras meridionales de Rusia, á 16 del mar Caspio y á 7 de Bukara.

La ciudad de Khiva está situada en medio de vastas llanuras, cuyas ondulaciones son apenas imperceptibles, á más de doce leguas á la orilla izquierda del Amon-Dasia (el Djiboun). Está á la orilla de un canal que tiene su nacimiento en el río en su entrada en el oasis. Este canal ancho y profundo está sangrado á la altura de su curso por otros canalitos, y estos por arroyuelos que llevan el agua en todas direcciones en zig-zag á las ciudades, aldeas y campos.

No ofrece Khiva por sí misma nada de notable ni original. Es pequeña, y tendrá unas mil casas y la habitación del Khan. Tiene el mismo aspecto que todas las ciudades árabes. Las casas son bajas, informes, y edificadas sin alineación. Algunas son de ladrillos sin cocer, y otras son de ladrillos finos, que es el mayor lujo de la aristocracia khiviana. La mayor parte son de una tierra arcillosa, que gracias al calor abrasador, adquiere una dureza suficiente para resistir á las lluvias periódicas. Todas tienen terrados en que ponen á secar las cápsulas. No tienen otra abertura á la calle que una puerta muy bajita por donde hay que entrar muy inclinados. Estas puertas cerradas con planchas de hierro muy groseras, están cerca de una vara sobre el suelo, y hay que trepar para entrar por ellas: sin duda han adoptado esta precaución para ponerse al abrigo de las serpientes, escorpiones y de las demás falanjes venenosas que vienen de las estepas. Las ventanas interiores no tienen vidrios, y están cerradas por unas alambreras.

Casi todas las casas tienen una cueva profunda para resguardar las provisiones del calor, un patio y un piso bajo que recibe la luz por ventanas muy estrechas. El mueblaje de una familia khiviana es tan sencillo como el de los patriarcas; estas groseras cubren el suelo, ponen sobre ellas otras más finas y encima alfombras. Tienen asientos de cerda y de lana y una multitud de pieles de carnero para cubrirse en el invierno. En todas las piezas tienen grandes vasos de barro colorado llenos de agua fresca.

Los arrabales se extienden á lo lejos al campo; forman como una especie de muralla alrededor de la ciudad, á que es difícil llegar por medio de aquel laberinto de callejuelas llenas de obstáculos y cortadas en su mayor parte por ángulos salientes: tienen unas diez mil casas, y de siete á ocho mil habitantes, que se dedican á la jardinería y á criar gusanos de seda. En medio de estas casas se veían una especie de fortalezas que tenían alartones. Nos dijeron que eran las casas de los señores del territorio que no sabían otro medio de ponerse al abrigo de las incursiones de los turcos en los tiempos en que el Kanado estaba lleno de bandidos. Estas fortalezas pueden sostener un sitio contra aquella caballería nómada; pero de un cañonazo irían al suelo.

Las calles son más estrechas y tortuosas que las de Constantinopla, y más sucias que las de las ciudades turcas. Cuando se encuentran un camello y un mulo, no queda sitio para nadie, y es preciso volver atrás, á no ser que quisiera uno quedar aplastado. Como no están empedradas, en tiempo de lluvias, que suele ser dos veces al año y tres semanas cada vez, están intrasmitables, y en verano son intolerables para los ojos de los extranjeros, no solo por las nubes de polvo fino y salitroso que se levantan, sino también por una reverberación cansada y peligrosa. En tiempo de borrasca las arenas del desierto vienen á cubrir á Khiva y penetran en todas partes hasta en las habitaciones mejor cerradas.

La residencia del Khan es una especie de fortaleza colocada á uno de los extremos de la ciudad, á la orilla del canal principal que alimenta todos los canales de irrigación: su extensión, comprendiendo los patios, jardines, habitaciones de las mujeres y de los guardias y la sala en que dos veces por semana administra justicia por sí mismo el Khan, ocupa un espacio considerable. Esta fortaleza está como la ciudad rodeada de una muralla que tiene de trecho en trecho varias torres rodeadas de un foso.

Khiva, con aquel cielo magnífico en que apenas se ve una nube, con sus minaretes y sus cúpulas pintadas y sus torrecillas que se destacan en el horizonte, tiene de lejos una vista magnífica. Choca tanto más esta vista, cuanto que por cualquier parte que se llegue ha habido que atravesar por espacio de muchas semanas grandes arenas.

A poca distancia de Khiva se hallan unas doce ciudades bastante importantes: todas están á la orilla izquierda del Amon. La primera, Orghandji, célebre en el Asia central por sus minas de oro, que está prohibido explotar bajo pena de muerte, sin duda para no atraer la atención ni escitar la codicia de vecinos poderosos. Es mayor y más hermosa que Khiva. Encontrando

allí las caravanas más comodidad, hacen un rodeo á la ida y á la vuelta para descansar allí. Todas estas ciudades están rodeadas de murallas, y recuerdan los castillos feudales.

Todo el oasis de Khiva pasa casi sin transición desde un calor extremo á los frios más vivos, que cubren el mar de Aral, el Amon, Daria y los canales de una capa de hielo bastante espesa para que puedan pasar las bestias de carga: la razón de esta inclemencia del clima está en la naturaleza del suelo, que está resguardado por ninguna parte. Por la parte del Norte los soplan con violencia en todo el oasis. Por el lado del Mediodía el sol hiere en las arenas refractarias de Kiril Koum que despiden un calor como el de un horno. Este calor llega á tal grado de intensidad (40 y 50 grados), que sucumbirían los animales si se les obligase á trabajar. Uno de nuestros conductores nos refirió un hecho sumamente curioso; las cabras salvajes que andan errantes por las estepas en rebaños de doscientas y trescientas, tienen la costumbre de resguardarse de los ardores de un sol asfixiante: una de ellas mete la cabeza debajo de una piedra ó un espeso matorral, y otra se cubre en el seno de aquella, y así van sucesivamente hasta que forman una grande hilera.

No se conocen los caminos en Bonkasia ni en Khiva. Una caravana se guía por los pozos, los cementerios, los bosques, la madre antigua de los ríos, y trazan su camino al acaso ó al capricho. La que va detrás sigue la pista de la que la precede, si acaso no la ha borrado el viento. Muchos senderos tortuosos conducen de diversos puntos del oasis á Khiva y á Orghandji. Los campos que atraviesan tienen trigo ó legumbres y árboles frutales de los que se ha conseguido aclimatar.

No vimos patatas, aunque nos aseguraron que hacia unos quince años que se habían empezado á cultivar con éxito. Se debía esta importación á unos judíos que habían ido de Astrakan con una caravana y que llevaron una carga. A través de un laberinto interminable, de campos cerrados, de canales cortados por puentes, de callejuelas rodeadas de jardines, se llega á Khiva. En todas partes donde el agua fecunda la tierra es vigorosa la vegetación y conserva mucho tiempo la frescura. Los canales corren una vez á raíz del suelo, otras veces entre diques, que según la depresión del suelo, suelen tener muchos metros de altura. Los Khivios los cuidan con extraordinario esmero.

La necesidad hacia á los hombres industriuosos. Al ver á los Khivios con aquel traje tan sucio, y habitando en aquellas casuchas que pueden derribarse tan fácilmente, no se creería que eran capaces de cuidar tan esmeradamente los canales. Es verdad que sin agua sería aquello un arenal. La tierra se parece á las tierras fuertes del Mediodía; tiene todos los principios fertilizadores de las mejores tierras; pero tiene necesidad de que la fecunden aguas abundantes y la conserven en estado de permanente frescura. Por lo demás, esta actividad está ampliamente recompensada con la abundancia de las cosechas.

Allí, como en todos los estados despóticos, ha sustituido la arbitrariedad más brutal á la luz. Los canales son un monopolio del Khan; concede á cada uno mediante una retribución el derecho de regar sus tierras; todas las reparaciones pertenecían antiguamente al gobierno; en el día deben hacerlas los propietarios de las posesiones inmediatas. Los recalitrantes son juzgados incontinenti, y son empalados ó ahorcados según el capricho de aquel autócrata. La pena menor es la confiscación, y nadie se queja. Es curioso ver la vigilancia que hay aun con los más pequeños hilos de agua. Puentes de una construcción grosera cortan de trecho en trecho los principales canales, cuya anchura es extraordinaria: estos puentes suelen ser de ladrillo ó de madera, y poco sólidos. Barcos estrechos y largos, sin quilla, vela ni mástil, llevan los productos de un lugar á otro. Los que vimos en el Amon Dania para el paso de las caravanas podían contener hasta quince ó veinte camellos, ó seis ó ocho arbas (carruajes de dos ruedas).

Los Khivios son una mezcla de razas diversas procedentes todas de la grande y fuerte raza tártara, y los más importantes son los Usbeckes, conquistadores del país, los Onigoures, los Karakalpakos, los sastis, los fujeskes y los turcomanos, los mayores ladrones del país, y que son en el desierto del Asia lo que eran antes los argelinos en el Mediterráneo; todos profesan el mahometismo. Hay también algunos millares de judíos, que no son maltratados, y que son los únicos industriales del país.

Los Khivios por lo general no son de mucha estatura, y son tan delgados que parecen momias. Su cutis es bronceado, tienen ojos negros y cejas muy espesas, sumamente arqueadas, y dan á su fisonomía un aire de dureza y ferocidad que no desmienten su carácter y sus hábitos. Son muy rateros, y el Khan autoriza el robo, exigiendo de los que se ejercen en las fronteras de Persia, Rusia y Bonkasia la cuarta parte del fruto de sus rapiñas. Nos recomendaron en Bonkasia que desconfiésemos de los Khivios desde el momento que los viéramos. Feroces y perversos como las bestias bravas, son tan cobardes como ellas; la sangre fría les impone; la vista de una arma de fuego les hace huir: son las más detestables criaturas del Asia central. Nuestro guía nos refirió el siguiente hecho como prueba de su valor:

Un día de la primavera de 1843, una caravana rusa, que volvía sin escolta desde Bonkara á Orenbourg, se detuvo para resguardarse de los calores del día en los cementerios del Koulan al pie de las montañas del Ilder, que cortan en muchas partes los arenales de Kiril Koum, refugio de todos los bandidos del Turdeskan. A lo lejos se presentaron merodeadores Khivios en número de ciento; su rápida carrera y la dirección que tomaron no dejaba duda acerca de sus intenciones. Cada uno buscaba con que defenderse. Algunos oficiales rusos formaban parte de la caravana, y uno de ellos tenía un antejo de larga vista, y otro llevaba un hornillo con una chimenea bastante larga. Les ocurrió el colocar el antejo y el cañón de la chimenea entre las cargas de los camellos, y los Khivios juzgaron que eran cañones de hierro, y huyeron á todo escape.

Por lo demás, las costumbres son lo mismo que las de Bonkara; solo que hay más rudeza en la forma y en el lenguaje, y más odio contra los cristianos. Las pasiones son allí más vivas y más terribles que en Persia. No se moderan ni aun por los preceptos del Corán de que hacen poco caso. Tienen un tribunal, compuesto de cinco ó seis magistrados presididos por el mismo Khan; pero la venalidad de los jueces es una de las plagas del país. Además el culpable se marcha al desierto á incorporarse á las partidas de ladrones que recorren aquellas soledades, que se aventuran á pasar las caravanas las más veces sin defensa.

(1) La suscripción no excede de 80 rs. por un año, y en las provincias hay algunos periódicos que salen dos ó tres veces á la semana, cuestan 16, 24 y 52 rs.

El traje del país es análogo al de los de Kbirgiz y Bonkasia; un pantalón ancho de algodón en verano y de paño en invierno, botas de cuero encarnadas ó verdes, porque el color amarillo está reservado al Khan y á sus ministros. Camisa de algodón blanca, sin cuello y abotonada á un lado como la de los aldeanos rusos; una especie de bata larga abierta por delante y sujeta á la cintura con un cordón de pelo de camello ó de un pedazo de lienzo. En invierno suelen llevar una bata de paño forrada. Es preciso añadir que tienen tan sucios siempre los vestidos, que causan náuseas al que los ve y se aproxima á ellos. Llevan por complemento un gorro de piel de carnero negro de la misma forma que un barril de aceitunas, y varía en altura segun la clase del individuo. Los esclavos y la gente del pueblo llevan una especie de bonete.

La comida favorita de los orientales es el *pilan*, que es un guisado de carne cocida con manteca y arroz. Los Khivios echan especias, y algunas veces pollos y tambien comen carne cocida con leche. Los nómadas comen carne de camello y de caballos y hacen salchichones que á primera vista parecen á los que nosotros comemos. Pero una de las riquezas culinarias de los Khivios son las frutas, de que tienen gran variedad y á cual mejores.

No se conocen allí ni mesa ni sillas ni cucharas ni tenedores; se sientan en el suelo alrededor de un mantel cinco ó seis á lo mas, y comen todos con la mano en una cazuola de barro. Despues de la comida se lavan las manos y se fuma excelente tabaco en el *thilim*, especie de pipa incrustada de oro y plata y que suele tener una vara de largo. Algunas veces fuman *beu* que es la droga mas detestable que puede haber, que se hace con la flor del cáñamo, y cuyas propiedades narcóticas son muy peligrosas. En una palabra, es el haschisch de los egipcios, y los que la usan se embrutecen como los chinos que fuman opio.

Tienen dos modos de hacer el té: uno como se hace aquí, solo que se comen las hojas despues de la infusion; la otra se prepara echando cierta cantidad de hojas en una tetera con agua y Kondjir, que es una especie de sal mezclada de álcali.

Cuando ha empezado á hervir le echan manteca, harina, leche, pimienta, canela y aguardiente, lo echan á poco rato en las tazas. Para poder resistir aquel hrebaje es preciso tener un paladar metálico.

El Khivio es polígamo. Sus feroces celos le hacen que prohiba que sus mujeres salgan á la calle, ni aun con velo. Están encerradas estrechamente y no tiene libertad mas que en lo interior de las casas y en los jardines. Las mujeres del pueblo tienen mas libertad, salen con la cara descubierta y solo se cubren cuando ven extranjeros. Sus facciones son menos angulosas que las de los hombres: tienen grandes ojos negros, cejas muy espesas, y llevan un anillo en la nariz. Su traje es casi igual al de los hombres, solo que llevan los botines bordados. Tambien llevan collares de perlas negras con una especie de medallones. A la cabeza se ponen un turbante de algodón del que cuelga un velo.

La ciudad no tiene mas que una hospedería que está siempre ocupada. En verano solo se puede estar allí algunos dias y con mucha incomodidad; pero en invierno es preciso buscar algun albergue en la ciudad, porque son grandes los frios y se carece de combustible. Algunos judios suelen dar posada, y por cierto que tienen mas conciencia que sus correligionarios de Europa. Su permanencia en la ciudad es siempre peligrosa, porque ya hemos dicho que los Khivios son naturalmente recelosos y creen que los extranjeros que van allí son espías de la Rusia, cuya intencion no ignoran.

(Continuará.)

Produccion de colores por galvanismo.

La compañía inglesa que beneficia la patente del doctor Watson espedita para este procedimiento, del cual hemos hablado ya en uno de nuestros números anteriores, ha declarado un dividendo activo de 15 por 100, en el solo espacio de medio año. Como el sistema empleado es interesante, daremos una breve descripción de él. Las baterías que se usan son una modificación de las de Magnouth, y consisten en una vasija exterior de porcelana, en la que se colocan placas de hierro, zinc, plomo ó otro metal, segun los colores que quieren producirse: dentro de aquella hay otra vasija porosa, en la que se pone otra placa de metal; se vierte ácido nítrico en la división exterior y en la interior, y sales metálicas en disolucion. A cualquiera que no esté versado en la química aplicada á las artes, parecerá extraño á primera vista el que pueda formarse una serie larguísima de colores con tan reducido número de combinaciones galvánicas; pero reflexionando que el número real de colores naturales es bien corto, y que una diferencia de intensidad ó de sombra da á cada producto una existencia comercial distinta, como si fuera un color diverso, entonces se viene en conocimiento de que empleando en las baterías solamente cinco sustancias, pueden producirse nada menos que cien colores ó pigmentos, cuyo valor es muchísimo mas elevado que el de las materias que han constituido su produccion. El modo de hacer estos colores no consiste en hacer mezclas subsiguientes despues de haber producido los colores originales, sino que resultan inmediatamente del desenvolvimiento del poder galvánico. Con una batería de hierro y zinc, empleando el ferro-cianuro de potasio en las celdas, el producto de la del hierro es un magnífico azul de Prusia de gran valor, y en la celda del zinc un azul claro peculiar, que compete con el ultramarino artificial, y es un ferro-cianuro de zinc. Empleando plomo platinizado y zinc, el resultado es el amarillo de cromo de la mayor brillantez, si se pone bicromato de potasa: la intensidad y tinte de estos pigmentos, que en los cromatos de plomo constituyen su valor, varían con la proporcion que se ponga de aquella sal. Fácilmente se concibe que si el prusiato de potasa con el hierro un color azul, y el cromato de potasa otro amarillo y de zinc, si se ponen estas sales en una batería de hierro y zinc, el prusiato en la celda del hierro y el cromato en la del zinc teniendo acceso los productos al través de un diafragma, el color producido será un verde, cuya intensidad depende de la proporcion de las sales empleadas. Igualmente, si se pone prusiato de potasa en la batería de plomo, se produce un pigmento blanco, que no se ennegrece á la exposicion del hidrógeno sulfurado. Colocando cromato de potasa solamente en la batería de hierro, resulta un color castaño oscuro; y agregando al cromato de potasa en la batería de plomo se produce un rojo brillante de gran cuerpo, igual al mejor rojo ber-

mellon de la China. Durante el trabajo de alguna de las formas de estas baterías, se desprenden grandes cantidades de humos nitrosos, que se reúnen en cámaras y aparatos adecuados, y se trasforman en artículos comerciales, como nitrato de potasa y ácido sulfúrico, sustancias que se emplean para excitar las baterías al principio, al paso que el hidrógeno que se desprende del compartimiento del zinc se aplica con ventaja á la fabricacion del éter acético y amoniaco.

Cuando se separan de las baterías los colores, arrastran consigo una cantidad considerable de ácidos débiles y soluciones saturadas de sales metálicas: estas sustancias se aprovechan tambien en la fabricacion del nitrato de hierro, albayalde y yeso de París. Las soluciones ácidas contienen tambien una gran proporcion de sales de potasa, como nitratos y sulfatos, y estas se separan en las manufacturas mencionadas, pues los nitratos forman uno de los agentes escitantes en la batería de plomo.

Al paso que se van produciendo los colores, se hallan en accion una fuerza galvánica, que en vez de dejarla perder inútilmente, pueda aplicarse á varios usos, entre ellos á suministrar luz eléctrica, en cuya formacion ha obtenido el doctor Watson resultados sumamente felices. Fabricando las puntas de carbon con el agregado de cierta proporcion de alumina, evita su combustion demasiado rápida, y produce una luz perfectamente blanca.

LA EXPIACION.

NOVELA

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobado por el censor.)

(Conclusion.)

—Si las mujeres no sirven para diplomáticas, no es ciertamente porque carezcan de astucia ni disimulo.

Mientras tanto Fermin hablaba en otro salon con un caballero elegante, en cuya frente se veía la huella de la crápula, y cuyas facciones ajadas por los excesos de una juventud borrascosa, conservaban aun cierta dureza varonil, la dureza de las facciones de Byron que constituye gran parte de su belleza. El desconocido tenia gran semejanza física y moralmente considerado con el cantor inglés, lo cual me dispensa de hacer su retrato y de describir su historia. Era un D. Juan de nuestro siglo, donde tan pocos lo son, habiendo tantos que tienen pretensiones de serlo.

—Yo deberia de estar resentido con V., decia á Fermin, porque si no recuerdo mal he sido su víctima.

—¿Aun recuerda V.?

—Recuerdo que antes de mi viaje á Italia, tuve un capricho por una tal Gabrielle, una perla del teatro, que acudió en la última hora de las orgías de mi juventud á apurar mi copa y dar el golpe de gracia á mi fortuna. Yo la amé como un ébrio; la pagué, fui un marido de aquella mujer que no se casó jamás, pero que para asemejarse en todo á una mujer casada tomó á V. por amante, por *caballier servente*, como llaman á esta tercera persona del triángulo matrimonial en el país en que los novelistas buscan siempre sus maridos celosos. V. creyó hacerlo impunemente; pero yo sé vengarme.

—V... murmuró Fermin, pálido como la cera recordando los innumerables duelos de que el arte ó la casualidad habian sacado incólume al desconocido.

—Yo, dijo éste sonriéndose, tomé una venganza digna de mí. Le dejé á V. la bailarina toda entera; la dejé caer de golpe en sus brazos, seguro de que su amor agotaria pronto su salud y su caudal. ¿Me engañé?

—La casualidad me libró.

—¿Cómo?

—Tuve que abandonarla para marchar con mi tío á la Andalucía, y á mi vuelta supe que se habia marchado á París con un amante.

—Ese pagó por V.; debe V. darle las gracias si le encuentra.

—Pero ya no me guardará V. rencor.

—Por una mujer! Bah! bah! Cuando me acerco á una mujer sé que acabará por engañarme si no la tomo la delantera, y la recibo en mis brazos como un depósito que he recibido de su amante anterior y que debo de entregar al que venga á relevarme: así es como se puede vivir.

El desconocido calló, y su sonrisa fué desapareciendo poco á poco hasta dar lugar en su rostro á la melancolía. Sus propias palabras le habian despertado en su alma los sentimientos dormidos, pero no muertos; los sueños dorados de la juventud en que ya no tenia fé, pero que le habian mostrado sobre nubes de oro y púrpura una felicidad celeste que buscaba en vano en la tierra, y cuyo solo recuerdo le disgustaba de todos los placeres.

En este momento D. Luis se acercó á Fermin sin ver al desconocido; pero este se le presentó diciendo:—Aquí tienes al conde de X. . .

—El conde de X. . .! repitió D. Luis, y sus ojos centellearon como los de Elezino al ver á Lara.

—El conde de X, repitió Fermin, el mismo á quien la fama habia enterrado en el canal de Orfano sin motivo alguno, y que viene á reclamar su puesto en nuestro baile, ni mas ni menos que el comendador del *Convidado de piedra*; tú debiste de conocerle antes de su viaje.

La emocion de D. Luis pasó como un relámpago, y entabló una conversacion con el conde que efectivamente habia sido amigo de su padre. Poco despues se despidió de ellos y corrió á buscar á su mujer, precisamente cuando estaba recibiendo las felicitaciones por su canto.

—No la habia oido el conde de X, dijo una señora; que si no, ya estaria aquí confesando que no son las mejores voces las que resuenan en el teatro de Milan.

Margarita se volvió rápidamente.

—El conde de X! dijo, ¿pues no ha muerto?

—No; fué una falsa noticia, una voz estendida por un gacetero que no sabia de qué llenar el papel.

—¿Y está aquí?

—Sí, ahora le he visto hablando con tu marido.

D. Luis llegó en este momento.

—Vámonos, le dijo Margarita, me siento algo enferma.

—Precisamente venia á buscarte, la dijo D. Luis.

Al cruzar la puerta del salon el conde pasó por delante de ellos y se sonrió. Margarita bajó los ojos y brilló una en sus negras y largas pestañas. Bajó con su marido de la casa, y entró con él en el coche.

Ni una palabra se hablaron en el camino; los dos estaban sumergidos en sus pensamientos, y quizá cierto pudor impedia á ambos empezar una conversacion vergonzosa.

—Podiamos irnos de Madrid, dijo Margarita cuando entraron en su casa.

—El vive y hablará; huir seria dar pruebas á sus palabras....

—Pero quedarnos....

—Todo se arreglará, dijo D. Luis, y entró en su cuarto donde Margarita le oyó dar paseos durante toda aquella noche sin sueño para ellos.

Para un hombre del carácter de D. Luis ninguna situacion podia ser mas penosa que aquella en que se encontraba; pues heria su orgullo la parte mas delicada de su alma, y no podia llamar á duelo á su contrario sin hacer pública su deshonra. Sentíase pues agobiado por su destino, ó mejor dicho, por los frutos de su irreflexion como encelado por el Etna, sintiendo su cuerpo dolorido, su corazón desgarrado, y sin poder llevar á él sus ensangrentadas manos, sin poder exhalar un gemido de su presado pecho, y sin esperanza de consuelo ni de venganza. Despues de recorrer una larga serie de ideas caprichosas y febriles, llegó á detenerse en un plan que le pareció el mas acertado. Determinó trabar mas estrecha amistad con el conde, ó mejor dicho, reanudar los rotos lazos de la que antiguamente los unia, alejar á su esposa para evitar sospechas, y entonces, sin declarar al conde el verdadero motivo, sino buscando un pretexto en el juego, en una disputa política, ó en cualquiera otra cosa, batirse con él á muerte.

Aun estaba acabando de organizar este proyecto, cuando se reflejó en los cristales de su balcon el primer albor de la mañana, y su primera operacion fué mandar á su criado que le limpiase sus pistolas y le comprase unos floretes, pues queria ejercitarse bien en el manejo de las armas para cuando llegase la ocasion de usarlas.

Despues salió de su cuarto y encontró á Margarita.

—¿Cómo te has levantado tan temprano? la preguntó.

—No me he acostado, respondió ella.

D. Luis no hizo comentario alguno sobre esta respuesta, y fingiendo haber olvidado los sucesos de la noche anterior, comenzó á hablar de cosas indiferentes.

Margarita quebró de pronto el hilo de la conversacion, en que apenas tomaba parte para decirle:—¿Por qué has mandado limpiar las pistolas?

—Pienso ir algunos dias al tiro.

—No es para batirte?

—¿Con quien?

El aplomo con que fué dada esta respuesta hizo callar á Margarita, que temió sugerir á su esposo, cuyo valor y cuya vanidad conocia, un pensamiento peligroso.

Estaban almorzando cuando entró Fermin con el conde, que segun dijo deseaba ardientemente estrechar sus relaciones con D. Luis y con Margarita:—porque, añadió mirándola con ironía, tambien he sido amigo de esta señora; pues creo que lo habrá olvidado.

Despues habló con desenfado y alegría mordaz, siendo casi el único que sostuvo la conversacion, pues Margarita no desplegó los labios. D. Luis no acertaba á hablar turbado interiormente y procurando en vano sonreír. La lengua del conde era punzante como un dardo de fuego, y ninguna creencia, ningun sentimiento se libertaba de sus envenenados sarcasmos, que, como los de Larra, el primero y el último de los críticos españoles, hacian asomar la sonrisa á los labios, pero dejaban dolorido el corazón. Aquel era el Byron del D. Juan.

En la corte de Carlos I brillaba por su valor un caballero que amaba con delirio á la reina, á quien vió morir en la flor de su juventud y cuando su pasión empezaba á tener algunas esperanzas, es decir, cuando mas encendidos estaban sus deseos. El fué el encargado de acompañar el cadáver de su régia querida hasta la morada de la paz, y depositar el precioso tesoro en la ribera de la vida; pero cuando abrió la caja para verla por última vez, la corrupcion habia gangrenado su hermosura, sus delicadas formas eran solo un monton de podredumbre hirviendo en gusanos, que infestaba la atmósfera con su pestilencia, haciendo huir á los que á su alrededor se hallaban. El caballero la contempló espantado; como D. Cipriano al encontrar un esqueleto que se deshacia en humo y polvo al abrazar á su amada, creyó oír una voz terrible que le decia:

... así son
todas las glorias del mundo,

y se encerró en un convento.

Así el conde, que habia juzgado la vida con el amor de un poeta, al abrazarla encontró solamente en ella un cadáver podrido y pestilente. Sus ojos estaban sin luz, sus labios solo ofrecian besos sin calor. De sus placeres, de aquellos placeres que el mágico deseo rodeaba de una aureola celeste, solo le quedaba en el alma vergüenza y rubor. En el fondo de todas las copas encontró el hastío, y como no tenia como S. Francisco de Borja, un altar á que acogerse, un Dios en cuyo seno derramar las lágrimas de fuego que le hinchaban el corazón; como no conocia el camino de la virtud; se sentó como Demócrito en la tumba de las ilusiones para ver la comedia humana como una mala farsa que se proponia silbar.

Fermin llevó aparte á D. Luis para hablarle de una jugada de bolsa en que ambos estaban interesados, y Margarita aprovechó la ocasion para decir al conde en voz baja:—Si algo le importa á V. mi reputacion, aléjese de Madrid.

—Por qué? Yo soy mudo como un sepulcro.

—¿Cree V. que podré ver en sosiego que mi marido dé á V. la mano?

—No se la ha dado V.? Los escrúpulos son caprichos de la imaginacion. V. ha renunciado á todo lo que fué, ha arrojado su vida pasada como quien arroja una camisa sucia; una bendicion eclesiástica y la credulidad de un amante han devuelto á V. su pureza....

—Conde, conde, merezco todas esas reconveniones ¿pero es V. quien debia ser mi juez?

—¿Y quién sino? ¿No puedo yo también estar celoso de ese hombre?

—Usted!

—Yo, sí; le odio tanto como él me odiaría si supiera lo pasado... yo recuerdo con pesar aquellos dulces momentos de embriaguez en que...

—Calle V. por Dios...

—Ebria de amor como yo que me miraba en tus ojos, cubrias tu rostro de pudor virginal é inclinabas los ojos húmedos en que el amor brillaba en su apogeo. Oh qué bella estabas entonces!.. se ha secado en tus labios bajo el calor de otros besos, y ya no te acuerdas de nada... Oh! Mahoma tiene razon: las mujeres carecen de alma.

He oido hablar de tormentos atroces, de becerros de hierro candente en que se depositaban las víctimas; de ruedas de navajas que desgarraban los miembros; de tenazas de fuego con que se arrancaba la carne á padazos, prolongando la agonía durante tres ó cuatro dias de dolor; de trajes de metal en figura de campana agujereada como una criva bajo la cual se colocaba el reo en una posicion violenta, y se le asesinaba metiendo estoques por los agujeros; de los borceguies, del agua, del empalamiento, etc., etc., porque el ingenio humano ha sido muy fecundo en la creacion de dolores; pero habrá algun tormento semejante al que el conde hacia sufrir á Margarita con sus palabras de amor? Que las mujeres casadas le mediten, y sentirán el frio del espanto dentro del alma.

Un temblor convulsivo se apoderó de ella; quiso levantarse, y cayó desmayada en su sillón.

—Qué es esto? dijo D. Luis acudiendo.

—¿Estaba enferma? preguntó el conde sin inmutarse. Don Luis hizo trasportar á su esposa á su lecho, y despidió á Fermín y al conde, que decia para sí bajando la escalera:—Aun será mia.

X.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido,
Unico desahogo en tu quebranto;
El histórico ¡ay! de tu gemido...
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y rocogeto
En su seno de paz? ¡Solo la muerte!
FERNANDEZ.—Canto á Teresa.

Margarita desde aquel dia cayó en tan miserable estado, que la medicina se confesó impotente para salvarla, porque la enfermedad no habia herido ninguna fibra corporal, sino que corroia el centro mismo de la vida, el principio único de la existencia, que debe ser la base de todo el estudio médico cuando la medicina sea ciencia, y que no se ha descubierto aun. Veia correr horas enteras sumergida en profundas meditaciones, silenciosa, con la mirada estúpida y fija como si contemplase correr una detrás de otra las olas del tiempo que no podia traerla otro consuelo que la muerte; ó animada por el calor de la fiebre, se revolvia en su lecho desesperada, mordiendo sus manos, derramando lágrimas de desesperacion, lanzando terribles gemidos como el criminal que ve aparecer delante de su lecho el espectro de su víctima. Ella veia frecuentemente á su lado sonriendo y repitiendo sus envenenadas palabras al conde que se deleitaba en su dolor. Ella le oia acriminarla, detenerla con su mano de hierro cuando queria huir, como Luzbel al alma del ángel que cayó en sus lazos, y hacerla apurar hasta la última gota de la copa de los remordimientos. En vano queria resistirse; en vano queria pedir socorro, porque nadie la oia, y el fantasma sellaba por befa sus lábios con sus lábios abrasándolos como una flor.

—Déjame, decia ella retorciéndose como el viajero cuyo cuerpo ha rodeado la culebra, que pone su rostro enfrente de su rostro, y estrangulándole le hace abrir la boca y sacar la lengua

que ella reblandece con su verde y glutinosa baba para devorarle después: déjame; ¿qué te he hecho yo para que me persigas? Y sobre todo, ¿qué te habia hecho el dia en que viéndome por primera vez resolviste grabar en mi frente el sello de la deshonra y el dolor? ¿Era á tus ojos un crimen el



Luis de Schwanthaler: estatua ejecutada por Javier Schwanthaler.

amarte? ¿Era un crimen mi inocencia? Pero ¡oh! vosotros los hombres no mirais en nosotros sino un placer; para vosotros, la mujer es la copa de frágil cristal que se rompió en cuanto se apura; la rosa que en cuanto se aja se arroja al suelo sin concederle una memoria! Poneis en juego toda vuestra esperiencia y todo vuestro talento para hacernos descender de la esfera de la inocencia: ¡cuántas veces debeis la victoria á nuestras virtudes, y en el sacrificio que os hacemos no interviene nuestro deseo! ¡cuántas veces nos violentamos para daros gusto! Y cuando habeis conseguido vuestro objeto, cuando la brillante mariposa ha perdido en vuestras manos el azul del oro de sus alas, la arrojais desdeñosamente á las espinas.

Entonces correis en pos de nuevas conquistas, sin oir nuestros lamentos; entonces, si marchando en vuestro carro de triunfo, al lado de otra hermosa dama á quien aun no habeis rendido, encontráis á vuestro paso á la mujer abandonada, hostigais á vuestros caballos para que apresuren el paso, y haceis que vuestra amada vuelva la cabeza para que no manchen su frente virginal las miradas de la mujer perdida. Oh! vosotros no teneis corazon! Por el placer de un instante habeis condenado á aquella mujer á un dolor eterno, la habeis puesto en la precision de optar entre la deshonra y el remordimiento, entre la vergüenza y la mentira. Habeis arrancado de raiz el árbol de su felicidad, y le habeis quemado para calentaros con su llama! Vosotros sois los infames! Déjame, déjame, hombre fatal para mí; déjame el único reposo que me resta! ¿Por qué quieres hacerme llorar aun? ¿No he llorado bastante? Yo habia roto la cadena de mi vida: el presente no seguia ya al pasado; la esposa no era la jóven culpada. ¿Por qué volver los eslabones de esa cadena? Déjame, déjame!

Y se revolvia frenética sobre su lecho.

Sus doncellas que oian algunos de estos delirios decian:

—Pobre mujer!

Y algunas veces añadian:

—Hé aquí á la mujer virtuosa que es tan frágil como nosotros! La virtud no es mas que una linda careta.

D. Luis siguiendo su plan la hizo salir de Madrid para casa de su tia que aun estaba en Granada, y los médicos le esperanzaron de que la mudanza de lugar calmara sus dolores; pero si bien pareció así al principio, un incidente los reanimó.

Al dia siguiente de su salida de Madrid, el conde salió tambien, y llegó á Granada antes que ella, y tuvo que detenerse este viaje por capricho, pues ignoraba la marcha de Margarita; lo habia pensado una mañana al despertarse, y una hora después ya estaba en la diligencia. Al llegar á Granada se acordó de la tia de Margarita, que le queria como una madre; fué á verla, y estaba hablando con ella, cuando entró Margarita que al verle allí dió un grito y cayó desmayada. Aquel golpe, aunque ligero, cayendo en su corazon tan dolorido, debia terminar su vida.

Era la gota de agua que cae en un vaso demasiado lleno y le hace derramarse por los bordes.

Una noche D. Luis y Paulina estaban solos sentados en un sofá, esperando la hora de ir al baile de la marquesa de Lagazul; Fermín estaba en casa de un ministro, pues la vanidad, que era el fondo de su carácter, habia tomado la forma de ambicion, y deseaba ser diputado para darse tono con su título. Este pensamiento le quitaba el sueño, y como le sacrificaba su honor, le habiese sacrificado su fortuna. Es cierto que nunca penetró en el terreno de la administracion; que de las leyes y costumbres francesas conocia algo por las novelas contemporáneas: las españolas le eran desconocidas; que solo el periodismo le habia iniciado en los misterios políticos, y que carecia de dotes oratorias; pero él no deseaba hablar, sino ser diputado, y para esto solo necesitaba electores crédulos y comprometidos.

Paulina tenia sobre las rodillas un lujoso album en cuyas páginas los ídolos del arte de nuestro siglo habian colocado sus firmas bajo un madrigal, una lámina ó una pieza de música; flores perfumadas unas veces, y otras hojas marchitas que los genios tegian, una guirnalda á aquella hermosa para la mayor parte de ellos desconocida.

Hojeábale con distraccion oyendo las amorosas palabras de D. Luis, que estrechaba una de sus manos jurándole amor en voz muy baja con la sonrisa en los labios y el amor en los ojos. Ella tambien sonreia y contestaba solamente con graciosos movimientos de cabeza ó algunos monosílabos inspirados por la coqueteria.

El reloj sonó. Paulina cerró el album de golpe, se puso de pié, y dijo á D. Luis arrojándole una mirada tan alegre, tan dulce y tan amorosa como una poesia de Marot:—Es la hora del baile; acompáñeme V.

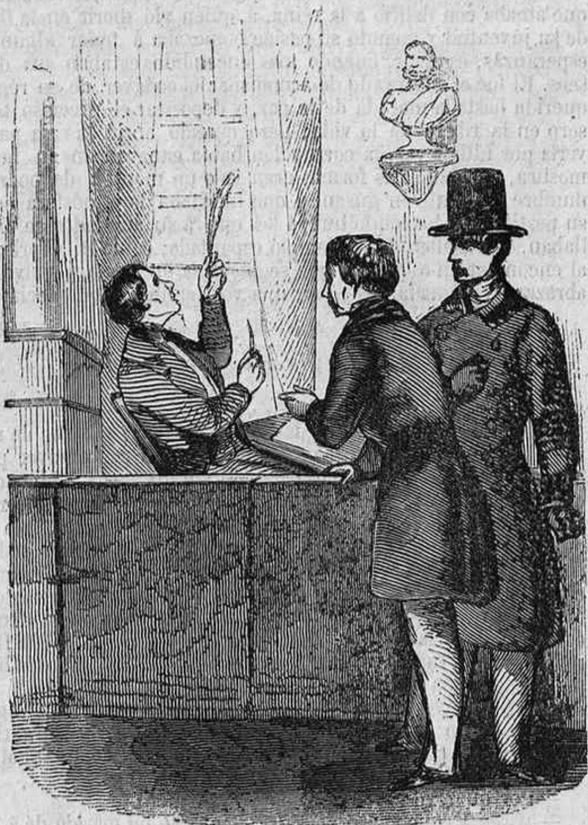
Pero cuando asidos del brazo se dirigian hácia la puerta, esta se abrió, y un criado de D. Luis vestido de negro y pálido como la muerte, se presentó en ella diciendo:—Vengo á anunciar á Vds. que mi señora acaba de morir, de un aneurisma del corazon; y se retiró.

D. Luis y Paulina palidecieron; pero recobrándose ella prontamente, dijo como un diplomático francés:—Mi hermana no morirá hasta que acabe el baile.

Y siguió marchando con D. Luis como si nada hubiese sucedido. En el desarrollo intelectual que debia á la civilizacion de nuestro tiempo, comprendia que los afectos de familia eran una ilusion infantil, y que la muerte inoportuna de su hermana no debia privarla del menor de sus placeres. Ella decia y con razon que sus lágrimas no resucitaban los muertos, y que por consiguiente era ocioso el derramarlas.

Cuando esta civilizacion haya perfeccionado al pueblo todavía ignorante y grosero, ¿qué será la sociedad?

25 de agosto de 1853.



Un entierro en Paris.



Un entierro en Paris.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.